

¿ QUÉ ENSEÑANZA, QUÉ HISTORIA ¿

Jordi Solé Tura

En el plano educativo ninguna asignatura tiene tanta carga política como la historia, especialmente la del propio país. Yo pertenezco a una generación que pasó en un par de meses de una historia a otra radicalmente opuesta, porque la guerra civil había terminado y los nuevos mandatarios franquistas no sólo eliminaron la historia que habíamos aprendido en las escuelas de la República sino que nos impusieron otra que destruía de arriba abajo la anterior y nos daba un conocimiento del pasado belicosamente opuesto.

El resultado de aquella aberración fue que durante los largos años de la dictadura de Franco tuvimos que recuperar nuestra historia fuera de los colegios, los institutos y las universidades en una batalla sin matices: si del blanco habíamos pasado al negro lo que intentábamos era pasar del negro al blanco, sin estar completamente seguros de la exactitud de ambos colores.

Con la democracia parecía que podíamos llegar finalmente a una gran consenso sobre el ser o no ser de nuestro pasado y creo que, en líneas generales, nos aproximamos bastante a este consenso. Pero al mismo tiempo se dispararon algunos extremos, sobre todo cuando reorganizamos de arriba abajo la estructura del viejo Estado centralista y la definición de las identidades colectivas pasó a un primer plano. Durante estos años nos hemos movido en este ambiente, con acuerdos y desacuerdos y brotes exaltados en uno y otro extremo. Pero era de prever que todos ellos – los acuerdos, los desacuerdos y los brotes exaltados – se dispararían cuando en el gobierno del Estado volviesen a resurgir claras tendencias neocentralistas y los nacionalismos se encontrasen a la defensiva. Pues bien, en éstas estamos.

Nuestras historias oficiales nunca han sido del todo verdaderas ni, menos todavía, exactas. Hay conceptos que se manejan como intocables y que no se sabe muy bien porque se mantienen como tales ni, menos todavía, porque se consideran hitos fundamentales de nuestra historia colectiva. Pongo por ejemplo la llamada Reconquista, o sea la batalla plurisecular contra los musulmanes en España hasta su expulsión total. Reconquista significa recuperar algo que ya se tenía pero no creo que la España del siglo VIII fuese precisamente la misma que la del siglo XV. Es absurdo pensar que en el siglo VIII existiese un Estado español hecho y derecho y que durante siete siglos aquel Estado hubiese luchado como tal contra unos enemigos radicales hasta derrotarlos. La historia de estos siglos es mucho más compleja, entre sus protagonistas hay héroes y malvados, hay alianzas que no siempre son entre cristianos, y la expulsión final de los musulmanes no se entendió como un regreso a los orígenes de una España ya consolidada sino como una serie de guerras de conquista de tierras y ciudades amparadas en la ideología de la religión. De otro modo no se entendería que la expulsión de los musulmanes fuese acompañada de la expulsión de los judíos.

Pongo este ejemplo, como se podrían poner decenas y decenas de otros, entre ellos el de la famosa batalla de Covadonga, presentada precisamente como el inicio de la gran Reconquista. Si no me equivoco, la única referencia que hay en los anales musulmanes sobre este episodio es que una patrulla

2

musulmana que recorría aquella zona fue apedreada por un grupo de extraños habitantes de aquella montaña. Y punto.

Esta es una de las partes del asunto. Pero hay otras. En estos últimos años, por ejemplo, siempre me han molestado mucho los folletos que la Generalitat de Catalunya envía casa por casa para explicar el sentido de nuestra fiesta del 11 de septiembre. Según el folleto, el 11 de septiembre no sólo significó la derrota de unos catalanes heroicos por parte de unos castellanos perversos sino también el comienzo de un período de gran decadencia de Catalunya. Es posible. Como también es posible que los defensores de Barcelona se equivocasen de bando, porque lo cierto es que durante el siglo XVIII, bajo la monarquía borbónica, Barcelona y Catalunya en general experimentaron un gran avance en el terreno económico, como lo demuestran los grandes estudios de Pierre Vilar y Jaume Vicens Vives. La burguesía barcelonesa pudo empezar a comerciar con América y muy pronto se convirtió en el principal adalid de la colonización de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y no empezó a interesarse por el nacionalismo hasta que a finales del siglo XIX toda aquella aventura colonial se fue abajo.

Añado a todo esto el problema de los héroes. Parece que cada colectivo necesita héroes para encontrar un punto común de referencia. Pero nunca se sabe si existieron y, en caso de existir, si fueron realmente ellos los héroes. Al fin y al cabo nuestro gran héroe, Rafael Casanova, que luchó, sin duda, contra las huestes borbónicas en 1714 acabó ejerciendo de abogado próspero en la Barcelona de su enemigo, Felipe V.

En fin, la historia como ciencia y como asignatura nunca será uniforme, porque sólo se puede conocer mediante el cruce de investigaciones diversas. Por consiguiente, es muy difícil decidir qué historia es verdadera para ser convertida en historia oficial. Mejor que la dejemos en el podio del relativismo y, sobre todo, mejor que la limpiemos de adherencias políticas coyunturales. Y sobre todo, que la limpiemos de héroes, porque los auténticos héroes de la historia acostumbran a ser personas desconocidas y grupos sacrificados.

JORDI SOLÉ TURA

Per Xavier Campreciós. EL PERIÓDICO. OPINIÓ

Xavier ,

T'envio un article una mica heterodox sobre la discussió de l'ensenyament de la història.

Quan te'n vas de vacances ¿

Una abraçada

J.S.T.

**Pedró de la Creu 21,àtic
08034.Barcelona
Tel – Fax : 93 280 35 45**

***** REPORTE DE TX *****

TRANSMISION OK

N° TX/RX	0685
TELEFONO	934846562
NOMBRE DEL FAX	
HORA INICIO	05/07 12:50
TIEMPO DE USO	01'23
PAG.	3
RESULTADO	OK



EL ARTÍCULO DEL DÍA

Jordi Solé Tura

Senador de la Entesa Catalana de Progrés.

Una Historia sin héroes

Nuestras historias oficiales nunca han sido del todo verdaderas ni, menos todavía, exactas. Hay que aceptar que la verdad histórica es relativa y debe ser limpiada de adherencias políticas

En el plano educativo, ninguna asignatura tiene tanta carga política como la Historia, especialmente la del propio país. Yo pertenezco a una generación que pasó en un par de meses de una historia a otra radicalmente opuesta, porque la guerra civil había terminado y los nuevos mandatarios franquistas no sólo eliminaron la historia que habíamos aprendido en las escuelas de la República, sino que nos impusieron otra que destruía de arriba a abajo la anterior y nos daba un conocimiento del pasado belicosamente opuesto.

El resultado de aquella aberración fue que durante los largos años de la dictadura de **Franco** tuvimos que recuperar nuestra historia fuera de los colegios, los institutos y las universidades, en una batalla sin matices: si del blanco habíamos pasado al negro, lo que intentábamos era pasar del negro al blanco, sin estar completamente seguros de la exactitud de ambos colores.

Con la democracia parecía que podíamos llegar finalmente a un gran consenso sobre el ser o no ser de nuestro pasado y creo que, en líneas generales, nos aproximamos bastante a ese consenso. Pero al mismo tiempo se dispararon algunos extremos, sobre todo cuando reorganizamos de arriba a abajo la estructura del viejo Estado centralista y la definición de las identidades colectivas pasó a un primer plano. Durante estos años nos hemos movido en este ambiente, con acuerdos y desacuerdos y brotes exaltados en uno y otro extremo. Pero era de prever que todos ellos —los acuerdos, los desacuerdos y los brotes exaltados— se dispararían cuando en el Gobierno del Estado volvieran a resurgir claras tendencias neocentralistas y los nacionalismos se encontraran a la defensiva. Pues bien, en éstas estamos.

Nuestras historias oficiales nunca han sido del todo verdaderas ni, menos todavía, exactas. Hay conceptos que se manejan como intocables y que no se sabe muy bien por qué se mantienen como tales ni, menos todavía, por qué se consideran hitos fundamentales de nuestra historia colectiva. Pongo por ejemplo la llamada Reconquista, o sea la batalla plurisecular contra los musulmanes en España hasta su expulsión total. Reconquista significa recuperar al-

go que ya se tenía, pero no creo que la España del siglo VIII fuese precisamente la misma que la del siglo XV. Es absurdo pensar que en el siglo VIII existiese un Estado español hecho y derecho y que durante siete siglos aquel Estado hubiese luchado como tal contra unos enemigos radicales hasta derrotarlos. La historia de estos siglos es mucho más compleja, entre sus protagonistas hay héroes y malvados, hay alianzas que no siempre son entre cristianos, y la expulsión final de los musulmanes no se entendió como un regreso a sus orígenes de una España ya consolidada, sino como una serie de guerras de conquista de tierras y ciudades amparadas en la ideología de la religión. De otro modo no se entendería que la expulsión de los musulmanes fuese acompañada de la expulsión de los judíos.

Pongo este ejemplo, como se podrían poner muchos otros, entre ellos el de la famosa batalla de Covadonga, presentada precisamente como el inicio de la gran Reconquista. Si no me equivoco, la única refe-

rencia que hay en los anales musulmanes sobre este episodio es que una patrulla musulmana que recorría aquella zona fue apedreada por un grupo de extraños habitantes de aquellas montañas. Y punto.

Ésta es una de las partes del asunto. Pero hay otras. En estos últimos años, por ejemplo, siempre me han molestado mucho los folletos que la Generalitat envía casa por casa para explicar el sentido de nuestra fiesta del 11 de septiembre. Según el folleto, el Onze de Setembre no sólo significó la derrota de unos catalanes heroicos por parte de unos castellanos perversos, sino también el comienzo de un período de gran decadencia de Catalunya. Es posible. Como también es posible que los defensores de Barcelona se equivocasen de bando, porque lo cierto es que, durante el siglo XVIII, bajo la monarquía borbónica, Barcelona y Catalunya en general experimentaron un gran avance en el terreno económico, como lo demuestran los grandes estudios de **Pierre Vilar** y **Jau-**

me Vicens Vives. La burguesía barcelonesa pudo empezar a comerciar con América y muy pronto se convirtió en el principal adalid de la colonización de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y no se interesó por el nacionalismo hasta que a finales del siglo XIX toda aquella aventura colonial se fue abajo.

Añado a todo esto el problema de los héroes. Parece que cada colectivo necesita héroes para encontrar un punto común de referencia. Pero nunca se sabe si existieron y, en caso de existir, si fueron realmente ellos los héroes. Al fin y al cabo nuestro gran héroe, **Rafael Casanova**, que luchó, sin duda, contra las huestes borbónicas en 1714, acabó ejerciendo de abogado próspero en la Barcelona de su enemigo, **Felipe V**.

En fin, la historia como ciencia y como asignatura nunca será uniforme, porque sólo se puede conocer mediante el cruce de investigaciones diversas. Por consiguiente, es muy difícil decidir qué historia es verdadera para ser convertida en historia oficial. Mejor que la dejemos en el podio del relativismo y, sobre todo, mejor que la limpiemos de adherencias políticas coyunturales. Y, sobre todo, que la limpiemos de héroes, porque los auténticos héroes de la historia acostumbran a ser personas desconocidas y grupos sacrificados.

